

Un escritor *en souffrance*. Sobre los diarios inéditos de Roger Pla

Alberto Giordano
Universidad Nacional de Rosario - CONICET
agiordano@arnet.com.ar

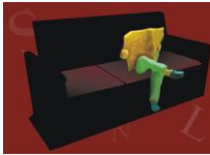
Resumen

En el contexto de una investigación sobre las articulaciones entre autofiguración y experiencia en los diarios de escritores argentinos, este ensayo propone una lectura de los diarios inéditos que Roger Pla llevó entre 1930 y 1932, y entre 1935 y 1942. Dicha lectura se desarrolla en torno de tres ejes: a. las funciones de superación espiritual que el diarista le atribuye a su práctica y el carácter equívoco de las que efectivamente se cumplen; b. la construcción del diarista como personaje, a partir de la superposición de tres figuras: el huérfano, el autodidacta y el moralista caviloso, y c. la sinceridad como tópico y la experiencia de lo auténtico.

Palabras clave: Roger Pla - diario - autofiguración - experiencia.

“Se conoce tan poca cosa de los diarios, hay tan pocos publicados” (Alverca 2004: 274). Si Lejeune tiene razones para lamentar que el archivo de diarios personales sobre el que realiza sus investigaciones sea menos nutrido de lo que reclaman las necesidades profesionales, qué le queda al investigador que ha decidido ocuparse de los diarios de escritores argentinos. Mientras fantasea con la posibilidad de algún hallazgo enriquecedor (¿dónde habrán ido a parar los cuadernos de Mallea?, ¿es que entre los escritores de *Sur* no hubo más diaristas?), tiene que contentarse con un corpus que apenas si alcanza la decena de ejemplares. Además están las dificultades para consultar los poquísimos diarios inéditos de los que se conoce su existencia: algunos se extraviaron por la desaprensión familiar, otros quedaron bajo la custodia de guardianes reticentes.

A la conjunción de dos impulsos generosos, la decisión de la Editorial Municipal de Rosario de reeditar este año una de las novelas más complejas, y para algunos la más lograda, de Roger Pla, *La intemperie*, precedida por un extenso estudio biográfico, y el



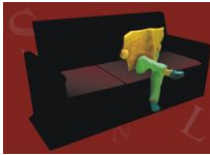
interés en colaborar de los herederos del escritor, que pusieron a disposición de Analía Capdevila, autora del muy documentado estudio preliminar, sus papeles personales, debemos la posibilidad de que se haya abierto un nuevo capítulo en la investigación sobre los intimistas en la literatura argentina. Además de algunas carpetas con copias de entrevistas, ensayos y conferencias, dos cuadernos dedicados al registro inmediato de lecturas y otro a la escritura de máximas, diálogos morales y cuentos alegóricos de atmósfera decadente y retórica modernista (*El libro de Antoine el cínico*), en el Archivo de Pla Capdevila encontró tres cuadernos de su diario íntimo. El primero recoge entradas que van del 9 de noviembre de 1930 al 8 de diciembre de 1932; en la portada, debajo de las iniciales RP, a modo de título se lee "Mi libro. 1930-31-32". En la carátula del segundo cuaderno Pla consignó "1935-1942. Buenos Aires", aunque la última entrada corresponde al 27 de febrero de 1943; en cuanto a la primera, como al cuaderno le faltan las diez hojas iniciales, que fueron arrancadas, desconocemos la fecha de su inscripción (la que quedó como primera después de la expurgación corresponde al 7 de noviembre de 1935).¹ El tercer cuaderno, el más breve, recoge entradas que van del 11 de junio de 1943 al 25 de enero de 1945.²

Es curioso: hace unos días se ha instalado en mí la fría certeza de que seré célebre. Me deja indiferente esta idea, no como antes. No me envanece. Y se la siente con la tranquila parsimonia de aquel que sabe que ha de cobrar una deuda, cierta satisfacción, pero ninguna sorpresa, ningún deslumbramiento (1 de agosto de 1944).

Dejemos para otra ocasión el comentario de la figura moral que dibuja esta certidumbre, las astucias de la vanidad cuando pretende afirmarse en el desinterés y la indiferencia, para reparar en el motivo de la "deuda", la idea de que la cultura paga, o debería pagar, a los escritores con reconocimiento y celebridad por la existencia de sus obras. Es al mismo tiempo una idea curiosa y uno de esos reclamos a los que todos

¹ Pla llevaba su diario en grandes cuadernos de contaduría con hojas foliadas. Esta preferencia delata las ocasiones en que arrancó hojas –son numerosas– y la cantidad de folios suprimidos cada vez.

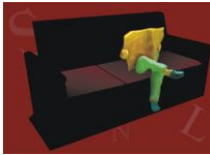
² Gracias a la amabilidad de Nora Avaro, que tuvo a su cuidado la edición de *Intemperie*, pudimos acceder a estos cuadernos.



terminamos suscribiendo cuando nos incomoda alguna desatención. ¿Qué tan grande fue la deuda que contrajo con Roger Pla la cultura argentina y que finalmente pagó haciéndole un lugar entre sus monumentos? No hay forma de saber de qué monto simbólico estamos hablando, pero es seguro que quedó por debajo de lo que la serena ambición del diarista podía prever. ¿Quién es Roger Pla hoy? ¿Cuáles son su lugar, su valor y su significación dentro de la literatura argentina? Las historias literarias coinciden en la respuesta: Pla es, casi exclusivamente, el autor de *Los Robinsones*, su primera novela; un representante, que para algunos supera en voluntad de experimentación y en resultados el "promedio generacional" (Prieto 2006: 361), del conjunto de escritores que intentaron en los años 40 la renovación de la novela realista.³ Esta es su módica e inmovible supervivencia institucional. La consideración de las otras formas, más activas, de duración, a través del entusiasmo de los lectores y el interés de la crítica, arroja en principio resultados igual de discretos. Al estudioso que quisiera consultar bibliografía especializada sobre nuestro autor solo le podríamos recomendar, además del prólogo de Capdevila, el de Juan Carlos Ghiano (1978) a una reedición de *Los Robinsones* y el ensayo de Orfilia Polemann (1985) que acompañó, a modo de apéndice, la edición póstuma de su última novela, *Los atributos*. Quizá haya algo más que desconozcamos, quizá no. Del fervor y la constancia de los lectores, y de lo exiguuo de su número, da testimonio una declaración resiente de Carlos Pereiro (2009), responsable de Ediciones del Dock: como siempre le pareció una novela "maravillosa", en 2007 reeditó *Paño verde*, de la que se vendieron en un año nada más que veinticinco ejemplares.

Es posible que la revitalización de la obra de Pla sea todavía una tarea pendiente, que alguien con la admiración de Pereiro y la inteligencia crítica de Capdevila imagine el ensayo o la narración que le garantice a esta obra una forma de supervivencia que desdeñe la rigidez institucional, su metamorfosis literaria. Si tal recomienzo se desencadenase, difícilmente atravesaría la novela gracias a la cual Pla se ganó un lugar en las historias de la literatura. Leído hoy, *Los Robinsones* aparece como un texto excesivamente fechado –por eso vale como documento–, anacrónico, no sólo respecto

³ Para una revisión panorámica de este proceso, ver Rivera (1980-86).

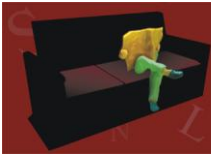


de nuestra actualidad, sino también del momento en que se publicó, 1946, si identificamos ese momento con la afirmación del modo de ser literario que puso en juego Borges. Entre Borges y Mallea, para tomar como referencia una alternativa que signó, según hoy se puede leer, la elección de morales de la forma narrativa en los cuarenta⁴, *Los Robinsones*, con su entramado de pensamientos y gestos trascendentes que abruma al lector desde la representación de diálogos trascendentales, cae del lado del humanismo del autor de *La bahía del silencio* y es así como se asegura un futuro de perpetuo anacronismo. (Las páginas del diario registran la identificación –parcial, no sin reservas- con la escritura de Mallea. La distancia con Borges, por razones que eran lugares comunes en la época -la idea de que su literatura no es más que un entretenimiento ingenioso, un “pretexto para la cavilación intelectual”-, está expuesta en un ensayo de 1946 sobre “El problema actual de la novela”, publicado en el número 19 de la revista *Universidad*.⁵) El juicio de una lectora sutil como Beatriz Vignoli (2009), que acaba de descubrir en *Intemperie* “una obra maestra de la literatura argentina”, no solo la culminación del arte narrativo de su autor, si no también una ficción “de plena vigencia”, cuyas complejidades y audacias podrían servirnos para interrogar el presente, lleva a pensar que la novela gracias a la cual la obra de Pla tendría chances de convertirse de nuevo en búsqueda y promesa de una revelación original sería más bien la última, antes que la primera, que publicó en vida.

¿Y el diario? Esos tres cuadernos que acaso nunca vayan a editarse, ¿no guardarán en reserva, disimulada entre las confesiones y el registro de las preocupaciones cotidianas, la afirmación de otra perspectiva novelesca, una perspectiva inaudita desde la que se podría apreciar el conjunto de la obra bajo una luz diferente? No hay razones para suponerlo. En primer lugar, porque Pla no concibió la práctica del diario como un aspecto de su oficio literario, pero sobre todo porque, cuando la distinción se pierde y la intensidad de una notación se vuelve similar a la de las ficciones, el horizonte moral que delimita los alcances de la escritura de la intimidad –la fuerza con que presenta afectos novelescos- es absolutamente congruente con el que

⁴ Ver Podlubne (2003).

⁵ Extractos de este ensayo se reproduce en Korn –Comp.- (2007: 108-109).



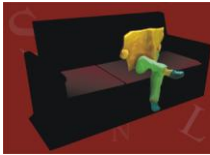
condiciona los experimentos narrativos. El personaje literario en el que se convierte el diarista, cada vez que la intención de registrar o de examinarse muestra que responde a impulsos desconocidos, está hecho con la misma materia, individualizado conforme a los mismos valores que los personajes que conversan sobre política, filosofía, literatura, estética, el amor y el carácter femenino en *Los Robinsones*. Es cierto que los diarios que llevó Pla entre 1932 y 1945, mientras escribía su primera novela y le buscaba editor, son más interesantes que los de su alter ego, Ricardo Almodóvar, en la trama de esa ficción, más ricos en matices y contingencias que refuerzan la sensación de vida y la certeza de realidad⁶, pero ni siquiera esta diferencia que celebramos conmueve la rigurosa complementariedad entre registro íntimo y presentación novelesca. El mismo espíritu que animó la escritura de *Los Robinsones*, con otras tonalidades y sin pretensiones estéticas, es el que recorre los cuadernos de Pla: "la grave seriedad moral que presidió siempre su trabajo" (Aira 2001: 446).

Hay dos grandes clases de diaristas: ocasionales y constantes. Los de la primera clase llevan un diario durante el tiempo que dura el proceso que decidieron registrar, ya sea un embarazo (*Tiempo de espera* de Carme Riera), la escritura de un libro (*Diario de un libro* de Alberto Girri) o, lo que es más común, un viaje (*Diario de viaje a París* de Horacio Quiroga, por dar un ejemplo). Los de la segunda clase comienzan a llevarlo sin saber por cuánto tiempo pero como si fuesen a hacerlo por el resto de la vida, y lo que define su condición es menos la obediencia al mandato *Nulla dies sine linea*, que la constancia con que sostienen el proyecto de escribir diariamente para intervenir sobre lo que les dificulta la existencia, o, más simplemente, para poner algo a resguardo de la desaparición.⁷ Durante el tiempo del que tenemos registro, y sabemos que desde antes, y suponemos que hasta mucho después, Pla fue un diarista constante porque mantuvo la creencia en las virtudes de la observación y el cuidado de sí mismo a través de la escritura, aunque muchas veces los resultados de esta práctica lo decepcionasen.

En una de las entradas de "Mi libro", la del martes 21 de abril de 1931 (tenía entonces dieciocho años), Pla menciona un diario que escribió a los catorce, en el que

⁶ Sobre el valor del *matiz* y la *contingencia* en las escrituras de vida, ver Barthes (2005: 87-97).

⁷ "Ce qui définit le diariste, c'est moins la constante de sa pratique que celle de son projet" (Genette 1981: 317).



Actas del II Congreso Internacional "Cuestiones Críticas"

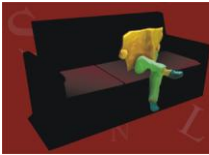
Rosario 2009

Centro de Estudios de Literatura Argentina

Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria / FHyA-UNR

buscaba desahogo para sus sufrimientos, y después quemó. Según una referencia de Polemann (1985: 102), poco antes de morir, a los sesenta y nueve años, todavía llevaba un diario, en el que dejó constancia de la destrucción de una novela en curso. Por lo mismo que desconocemos el destino de este cuaderno final, no se encuentra en el Archivo que guardan los herederos, ignoramos qué tan continua fue la práctica diarística de Pla entre 1945 y 1982, el año de su muerte. Además de lamentar la desaparición, no sabemos de cuántos cuadernos, por lo que valdrían como documentos biográficos y literarios de la madurez del escritor (¿qué distintas formas tomó, a lo largo de tres décadas, la tensión entre los principios de coherencia y autenticidad, los reclamos privados de celebridad y gloria y las posibilidades que ofrecía el campo literario en términos de lucha por la legitimidad cultural?), lamentamos la pérdida de un corpus que muy probablemente nos hubiese permitido abordar un tópico de extraordinario interés: cómo se sostienen y cómo varían con el paso de los años las relaciones del diarista con su práctica, la atribución de qué funciones permanece, qué nuevas razones encuentra para proseguir con el ejercicio cuando se debilitan las incitaciones morales que hasta entonces lo impulsaban. Lo cierto es que, cualquiera sea la importancia de lo que se perdió (¿cómo saberlo?), los dos cuadernos en los que Pla llevó su diario entre 1935 y 1945 tienen por sí mismos suficiente riqueza como para alentar una aproximación crítica.

Dejamos fuera de este estudio los cuadernos de la adolescencia, porque si bien registran las vivencias de un muchacho con intereses y preocupaciones literarias, que escribe e incluso publica, todavía no son diarios de escritor, es decir, diarios que exponen desde un punto de vista literario deliberaciones sobre el valor y la eficacia de "esta cosa singular que es escribir un diario" (14 de marzo de 1944). "Mi libro": en el título, y antes, en el acto de ponerle título a un diario secreto, se condensa el sentimentalismo que impregna las anotaciones destinadas, más que a registrar, a cultivar los excesos de la sensibilidad que el adolescente toma por blasones de su exquisita rareza. El cuaderno es el confidente que escucha y celebra los arrebatos del narcisismo herido, las autocomplacencias en el "desafuerillo" nervioso. En sus páginas se reflejan, como en un espejo bruñido por pretensiones estetizantes, "pedazos del alma" que sufre de soledad, incompreensión, e incurable extranjería.



Actas del II Congreso Internacional "Cuestiones Críticas"

Rosario 2009

Centro de Estudios de Literatura Argentina
Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria / FHyA-UNR

Me ahogo. Me falta luz.

Vivo en la más crasa incompreensión. Todos mis familiares me resultan extraños. No sé qué piensan de mí. Que soy un loco, lo piensan muchos. Que río por cualquier motivo, que soy un mal genio y que hago mil disparates al día.

Quiero alejarme de todos.

Además me fastidian sus problemas. Quiero irme solo. Solo.

Sé que nadie me quiere.

Ellos quizá están convencidos que me quieren. Pero es distinto.

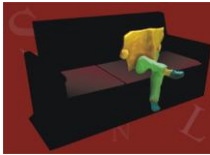
Lo dije una vez y lo repito: mi gran tragedia, se sintetiza en esto: "Tuve mil padres y no tuve ninguno."

Sin embargo, me queda un consuelo. Es puramente estético.

Pude escribir de mi vida, muchas páginas interesantes.

Falta lo mejor. Eso será lo mejor que escriba antes de mi suicidio (5 de junio de 1932).

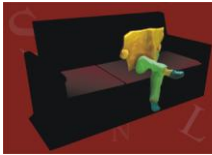
Pla nació el 8 de octubre de 1912, dos meses después de la muerte del padre. Un tío materno y el hermano mayor, Cortés, encabezan la lista de los "mil padres" simbólicos que finalmente aumentaron la sensación de desarraigo congénito. Más acá del dramatismo saturado de retórica que sobrevive incluso en algunas confesiones de la madurez, la figura del huérfano, como afirmación de una diferencia que reclama y al mismo tiempo reniega de la comprensión, envuelve un núcleo auténtico del que extrae sus fuerzas otra imagen, la del *autodidacta*, en la que convergen el orgullo y la inquietud de sí mismo. A través de esta figura fascinante, de rica y admirable prosapia en la cultura argentina, Pla se reconoce legítimamente, sin imposturas, como vástago de su esfuerzo y su talento. Lo que lo inquieta es que para realizarse según las leyes desconocidas de su propia necesidad, él, que era un hijo póstumo, tuvo que traicionar las expectativas paternas (abandonó los estudios que financiaba el hermano mayor). Algo de esta traición que lo exalta y lo intranquiliza volverá cada vez que rompa un lazo de filiación, ya sea con un grupo de pares, una amistad o una doctrina. La invención del desarraigo primordial, eso que en momentos de extrema lucidez llama "foraneidad" y reconoce como "realidad íntima" (noviembre de 1944), es una tarea que para el autodidacta dura toda la vida.



El biógrafo más ecuánime no podría menos que celebrar las proezas intelectuales de quien se formó a sí mismo, se dio una "sensibilidad" y un "gusto" estético sobresalientes, y sin diplomas que lo habiliten (Pla no terminó siquiera la escuela secundaria) ejerció con probidad como editor, periodista, docente, crítico de arte y traductor (¡de tres lenguas!), mientras desarrollaba un proyecto literario ambicioso, exigente. El diario registra en detalle el progreso de cada una de estas tareas, cómo las necesidades económicas y los golpes de suerte condicionan los cambios de oficio y cómo el artista persevera en su vocación a través de las contingencias.⁸ Del autodidacta, según el testimonio de quienes lo frecuentaron y de lo que el registro de lecturas y opiniones personales deja entrever en las páginas de sus cuadernos, Pla tiene el enciclopedismo selectivo, criterioso, que casi siempre va acompañado por el recelo hacia los especialistas, y una notable confianza en los propios recursos y perspectivas, sobre todo cuando lo estimula el espíritu de rivalidad. "Ya llegará el día en que me imponga, por la fuerza de mi honestidad, por la fidelidad insobornable a mi propia verdad" (21 de octubre de 1942). Los fundamentos sobre los que se asientan la tenacidad y la inteligencia, la sostenida capacidad de trabajo, son de orden moral, por eso no es raro que cuando se distrae de la presencia de los otros, que a veces son los pares de cada oficio y otras "todo el arte moderno", el autoexamen recoja las dudas sobre la autenticidad de sus convicciones y hasta lo abisme en el terror al fracaso:

Me aterra pensar que puedo llegar al fracaso y con él (esto es lo más terrible) a la convicción de que mi literatura no sirve para nada. Impelido entonces a escribir y sabiendo que no vale la pena escribir, no podría escribir ni dejar de escribir. Brrr! (26 de abril de 1938).

⁸ Como Pla se obstinaba en no atarse a un empleo permanente y para vivir de su pluma, casi siempre con privaciones, tenía que multiplicarse en trabajos *free lance*, sus diarios, que lo registran todo, tareas y remuneraciones, son un documento extraordinario, por la cantidad y la calidad de las informaciones que comunican, sobre las condiciones y los avatares de la profesionalización del escritor argentino en las décadas del 30 y el 40.

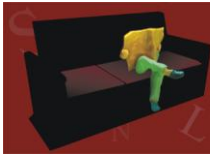


La imagen es en verdad aterradora: un moralista que ya no cree en el valor de su vocación pero que tampoco puede renunciar a ella.⁹ Hasta que se interrumpe el diario a comienzos de 1945, sobre todo mientras escribe *Los Robinsones*, el fantasma del fracaso inquieta por momentos la conciencia de Pla y suspende las promesas de celebridad y "gloria" que le había hecho su vocación. El patetismo de las entradas que exhiben e intentan conjurar el temor a "malograrse" habla de la inquietud en la que se construye la figura del autodidacta, la misma que impulsa la voluntad de "llegar a ser" excepcional. (Para comenzar a dibujar el cuadro de las alternativas que ofrecen las relaciones del escritor-diarista con la posibilidad de que fracase su proyecto literario, en el extremo opuesto al de Pla habría que situar el caso de Julio Ramón Ribeyro, que usó el diario para resistirse a los encantos de la fama y por eso lo tituló *La seducción del fracaso*, y entre ambos, como centro provisorio, el caso de Rosa Chacel, que encomendó al suyo el estudio de los progresos que "la idea del fracaso" iba haciendo en ella, cómo se le volvía más familiar en cada jornada.)

Elias Canetti ensayó una teoría sobre los diarios "auténticos" con la que Pla seguramente hubiese coincidido. Los únicos diarios que no se prestan a falsificaciones serían aquellos en los que uno habla consigo mismo, se desdobra para escucharse de verdad, con curiosidad y paciencia, y cuando no hace el papel de la conciencia que juzga actos y pensamientos toma el de alguien que nos advierte sobre los excesos de la conciencia juzgadora.¹⁰ Esta experiencia moral, que supone la posibilidad de representar varios papeles en serio, explicaría el sentido que tiene un diario auténtico "para quien lo escribe, es decir, para alguien que de todos modos escribe muchísimo, porque su profesión es escribir" (Canetti 1994: 78). Cuando tiene que responder a las sospechas que él mismo se plantea sobre el egocentrismo y la vanidad de los diaristas, sin retroceder ante la paradoja, Pla recurre primero a la coartada de la sociabilidad: para el que vive en una excesiva soledad, el "diálogo interior" es "una manera de ser sociable

⁹ Lo que la imagen entredice —el diarista no reflexiona sobre esto pero lo sabe, porque lo experimentó— es que el deseo de literatura, la imposibilidad de dejar de escribir aunque sea para nada, excede el horizonte moral de la vocación.

¹⁰ No hace falta demasiada perspicacia para advertir que el supuesto desdoblamiento del diarista no es más que una duplicación que fortalece la identidad consigo mismo desde algún punto de vista que lo trasciende.

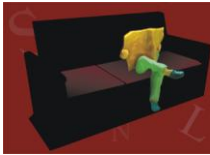


consigo mismo" (16 de junio de 1941). Después adopta la posición de un observador más sutil, uno al que no se le escapa que también se llevan diarios para poder quedarse a solas, y entonces echa mano de la coartada espiritualista: "Necesito gobernar en mí, y eso es lo que me falta: Dominar" (14 de marzo de 1944). El diario como práctica de autodomínio: la receta más antigua. En la escritura de sus pensamientos y sus trabajos cotidianos (los diarios de la madurez recogen muy poco de las vivencias sentimentales) Pla se observa, se revisa, trata de aclararse y ordenarse, de poner equilibrio en su espíritu. Para alcanzar la "serenidad" que complementa y encausa el entusiasmo, extirpa las incoherencias que desorientan la reflexión, porque se le antojan "cuerpos extraños". El trabajo de purificación más exigente es el que realiza sobre su "sensibilidad", que es como decir, sobre la sustancia que nutre la diferencia y la presunción de superioridad de sus actos.

Mi sensibilidad es como la breña para las cosas exteriores; y éstas como plumas: se me pegan. ¿Puedo luego despojarme de todas? ¿Cuáles penetran, cuáles quedan afuera, como cuerpos extraños? (7 de setiembre de 1944).

La insistencia en la imagen del "cuerpo extraño" se corresponde con la ilusión de un núcleo interno que hay que preservar de las falsificaciones a las que está expuesto el autodidacta por su voracidad intelectual.

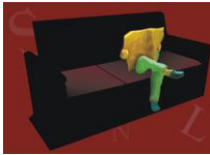
Como Canetti, Pla observa y juzga el valor de todo lo que estimula el diálogo de la conciencia consigo misma, las conductas personales, las políticas de las instituciones, las experiencias artísticas, desde un paradigma que enfrenta lo auténtico con su contrario, la "mistificación". Lo que vuelve tan peligrosos los mitos es la capacidad que tiene lo ilusorio de establecerse como una atmósfera tibia y confortable, de garantizar tranquilidad a cambio de embriaguez. El ejercicio de la autenticidad sería en cambio una disciplina solitaria y difícil, que requiere esfuerzo, además de coraje, en la que se pone a prueba la fidelidad del diarista a eso inapreciable que llama sensibilidad. No se trata solo de perseverar en sus manifestaciones habituales, si no también de moverse y cambiar, cuando se vuelve necesario, pero únicamente desde su interior. Para subrayar las exigencias y el costo que supone jugarse por lo auténtico en un medio cultural como



el argentino, que solo valora las mistificaciones, Pla se apropia de una frase de Santayana que lo deslumbró: "Prefiero estar desolado a estar borracho: y esa es la alternativa" (30 de setiembre de 1943). Nada menos. Y aunque agrega que mejor sería que la alternativa se quiebre y la desolación no sea necesaria, unos meses después redobla la apuesta cuando sospecha que la publicación de *Los Robinsones* no tendrá demasiados ecos: "prefiero perderlo todo a ganar solamente un poco (19 de mayo de 1944). Antes ignoto que uno más entre las líneas de los fraudulentos.

La moral de la autenticidad es, como cualquier otra, un pretexto para la impostura. Lo admirable de Pla es la cantidad de veces que la prédica no es desmentida o contrariada por la verdad de sus deseos. Esta coincidencia resplandece en los pocos momentos de reposo y conformidad que quedaron asentados en el diario. Ninguno tan feliz como el encuentro con Gombrowicz. Lo que los unió, por encima de las diferencias estéticas e ideológicas irreconciliables, fue el rechazo a las autocomplacencias y las servidumbres de la vida literaria, a la figura del "literato" como falsificación del escritor. "He aquí un hombre con quien se puede hablar sin deformar nuestra autenticidad. Reforzándola, por el contrario" (13 de agosto de 1944).¹¹ En uno de esos diálogos sin concesiones, el polaco le habría pedido que no hablasen de literatura, que hablasen de la vida. Pla entendió que lo intimaba a vivir más y a pensar menos (¿esa sería la consigna para sortear las mistificaciones?), como si vida y pensamiento pudieran separarse. La duplicación de la realidad (vida/pensamiento, vida/literatura, lo vital/lo estético) es un arma endemoniada porque parece que facilita el acceso a lo auténtico de la sensibilidad cuando lo posterga indefinidamente. Para afirmarse, para conocerse, para corregirse, e incluso para sentirse, Pla recurre en el diario, con una insistencia asombrosa, al reconocimiento o la imposición de alternativas. Si no elige esto o aquello, se siente tironeado entre opuestos o fantasea con una coexistencia armónica que presiente irrealizable. Cuando esta gimnasia mental se precipita, a las figuras que componen el personaje del diarista, la del desarraigado y la

¹¹ En 1978, a pedido de Rita Gombrowicz, Pla escribió algunos recuerdos encantadores de esta amistad en los que persisten el deslumbramiento y la admiración sin reservas. Ver Gombrowicz (2008: 47-50).



del autodidacta, se superpone una tercera, la del *caviloso*, que le da su espesor definitivo.

¡Cavilar! Quiero averiguar la etimología de esta palabra. Porque me parece exacta –no sé por qué- como definición de toda mi vida interior, cuando no sueña.

A veces se renueva la pregunta: ¿soy un poeta, un ensayista, un escritor o un estudioso? ¿Un artista o un pensador? (22 de octubre de 1938).

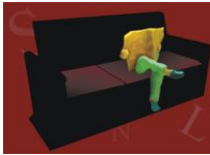
El tono sereno y circunspecto que Pla ensaya para equilibrarse está casi siempre sometido a las resonancias de una especie de bajo continuo crispado, la queja por los antagonismos entre el mundo del trabajo literario, que es el de la realización en todos sus aspectos, personal, social y político, y el del periodismo, que es un mundo falso y grotesco. El culto a lo auténtico desvirtúa y degrada la necesidad de adaptación.

Preparo algo para *El Mundo*. ¿Qué hacer? Las cosas que no me interesan son las que ellos piden. Y al revés. Sin embargo, es preciso ese dinero. No termino de resignarme a esto. Este mes, como consecuencias, cien pesos de atraso en el diario. Pero así debe ser. No puedo entregarme a la estomacal impaciencia de la "nota" de fácil circulación. Bastante me ha repugnado las veces que he caído en esto. Veces, por suerte, aisladas y contadas (30 de setiembre de 1943).

(Basta pensar en cómo resolvió el supuesto conflicto unos de los colegas que compartía con Pla la famosa página 6 de *El Mundo*, Arlt, para que se haga muy evidente el maridaje entre el afán de autenticidad, la autfiguración del artista insobornable e intransigente, y las falsificaciones que requiere la duplicación moral del mundo de los oficios.¹²) Sobre esta tensión que el diario registra y custodia, se recorta toda una serie de tironeos que comprometen los distintos universos en los que la conciencia se observa

¹² A propósito de Arlt: es una pena que en las entradas de 1941 no haya siquiera una huella de la polémica que Pla mantuvo con él en las páginas de *El mundo* a propósito de la novela moderna. Capdevila le dedica un párrafo completo de su prólogo (2009: 22-24) en el que comenta la poética antinarrativa del autor de *Los Robinsones*, la idea del novelista como cazador de presencias vivientes, deudora de Ortega y Gasset.

Se ha señalado la "inspiración arltiana" de algunos personajes de Pla (Prieto 2006: 361). En la lista habría que incluir al diarista-autodidacta-caviloso, sobre todo cuando el cavilar se convierte en tortura.

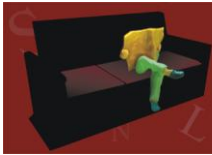


y se estudia. Si repara en la vida social, el diarista enfrenta la inteligencia que le hace ganar todas las discusiones con su parte sentimental y distendida. Si se repliega en la intimidad, vigila el conflicto entre la voluntad de autodomínio y las pasiones espontáneas. Y si juzga la consistencia de su compromiso ideológico, reprueba la distancia entre las adhesiones filosóficas y la inmersión en las luchas políticas. Las alternativas que le plantea el trabajo literario son igual de prolijas: de un lado está el estilo conciso y directo, el de los ensayos, del otro, el amplio, vigoroso e instintivo, el de la novela; de un lado, lo que el arte tiene de juego placentero y entretenido, del otro, el compromiso humanista.

“Es posible que mis cuentos sean, en última instancia ‘lo que me sale’. Es así. Ahora, yo necesito ser escritor, sentirme escritor para vivir. ¿Por qué? Porque ya he construido toda una vida sobre esa base. Esto parece poco honrado” (Wernicke 1975: 28). La reserva con la que se clausura esta confesión es un desplazamiento de otra inquietud más esencial, ajena a las presunciones morales: la identidad del escritor no depende de su práctica, no alcanza con escribir, ni siquiera con escribir bien, es una cuestión que afecta su ser. Para Pla, como para Wernicke, la necesidad de sentirse escritor compromete la posibilidad de sentirse vivo, no solo de vivir, sino de experimentar la vida como una afirmación de lo posible. La forma bastante convencional en la que el autor de *Los Robinsones* sobrellevó el problema, mientras escribía el libro y durante los años de “impaciencia corrosiva” en los que le buscó editor, fue poner la resolución a cuenta de los efectos que iba a tener sobre el público. Un expediente tan convencional como tortuoso.

Se de lo que sufro. De esta postergación, de esta espera. Como si el vivir estuviese relegado al momento de triunfar. Vivir, es solo vivir en la atención de los demás, para mí. ¿La proverbial vanidad del escritor? Creo que no. Es que vivir, para el escritor, es *hacerse oír*. Ser escritor, es lo que me falta, en sentido realizado, material. Este es el triunfo. Mientras tanto sigo en potencia, en una postergación de mi vivir (17 de mayo de 1942. Los subrayados son del autor).

Un escritor *en souffrance*, para jugar con el doble sentido de una expresión francesa que él seguramente hubiese aprobado. En sufrimiento y en suspenso. ¿No es



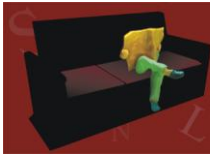
Actas del II Congreso Internacional "Cuestiones Críticas"

Rosario 2009

Centro de Estudios de Literatura Argentina
Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria / FHyA-UNR

esta la postergación metafísica a la que quedan librados todos los que esperan sentirse escritores para poder vivir? Pla supuso que era una cuestión transitoria. Tarde o temprano la novela se iba a publicar y los lectores entenderían que su forma de presentar la realidad del país y de los jóvenes que resisten el fracaso y la decadencia era, además de vívida, auténtica. El viejo imaginario del autor como artesano, ideólogo y maestro lo sostuvo en la apuesta. Para soportar la demora, le confió al diario el desasosiego y las amarguras que le provocaba el "complejo de escritor inédito" en los días de desesperanza. Como el último cuaderno del que disponemos se interrumpe un año antes de la publicación de *Los Robinsones*, nos falta el final de la historia, que pudo ser feliz, porque la novela tuvo buena recepción, o, lo que es más probable, equívoco. Tal vez sea un abuso de confianza, pero al personaje de los diarios de Pla en los años posteriores a 1946 lo imaginamos todavía rumiando la insatisfacción, agradecido, pero decepcionado, porque los elogios no advirtieron exactamente lo que él esperaba, o porque la novela dejó de parecerle la "cosa importante" que creía que era antes de publicarla. *En souffrance* entre la certeza de la vocación y el temor a no poder realizarla.

El cavilar se resuelve en deliberación sobre la conveniencia de llevar un diario cuando Pla relee algunas entradas de "Mi libro" y nota que la sinceridad que se alcanza a través de las confesiones espontáneas, despreocupadas de la forma, es vulgar franqueza, "sinceridad sentimental" que no contribuye ni al conocimiento ni a la transformación de sí mismo (19 de mayo de 1942). Las confesiones auténticas serían aquellas en que sinceridad y forma son una misma cosa: la verdad de las ideas se exterioriza si la expresión es exacta, si se eligieron y combinaron las palabras necesarias. Aunque no es literatura, la escritura del diario plantea problemas de técnica literaria, la necesidad de encontrar el estilo y el tono adecuados para la manifestación y el perfeccionamiento de la sensibilidad. A lo largo de los años, Pla ensayó distintos registros para ver si finalmente daba con una forma que fuese al mismo tiempo tensa y serena, que sirviera para exteriorizar, y al mismo tiempo contener y modelar, las impacencias. Casi sobre el final del tercer cuaderno, lo encontramos hundido en la certidumbre de su fracaso: lo más falso y mistificado de todo lo que escribió es precisamente el diario.



Actas del II Congreso Internacional "Cuestiones Críticas"

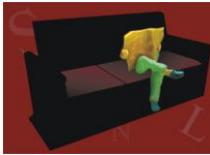
Rosario 2009

Centro de Estudios de Literatura Argentina

Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria / FHyA-UNR

Abro este cuaderno y siento inmediatamente una especie de incapacidad para escribir en él de un modo que después no me parezca artificial, fingido, no sé qué. Me vigilo quizá demasiado (27 de setiembre de 1944).

Acaso lo más falso y mistificado de todo lo que Pla haya escrito sin dejar de ser sincero sea la descalificación del diario por su falta de sinceridad. En la alternancia de explicaciones heterogéneas podríamos encontrar una pista de la falsificación. Primero le atribuye al esteticismo las fuerzas que lo desvían del camino hacia lo verdadero: es tal su gusto por las imágenes, que cuando quiere confesarse se distrae paladeando frases como si fuesen golosinas. Unas páginas más adelante se amonesta por el carácter excesivamente discursivo del diario, nacido de un deseo simple de sinceridad. En esta tensión final se suspenden las cavilaciones. ¿Por qué no imaginar que en alguno de los cuadernos perdidos, un tiempo después, Pla recuperó el cinismo que venía cultivando desde la adolescencia para refugiarse de los excesos sentimentales y entendió que no hay escritura de sí mismo sin manipulación, pero tampoco manipulación que no revele algo auténtico? "En un baile de disfraces, cada uno se disfraza de quien realmente es. No se puede no ser sincero" (Umbral 1999: 139).



Bibliografía

Aira, César (2001). *Diccionario de autores latinoamericanos*, Buenos Aires, Emecé-Ada Korn Editora.

Alverca, Manuel (2004). "La pasión por la autobiografía. Entrevista con Philippe Lejeune". *Cuadernos Hispanoamericanos* 649-650: 271-280.

Barthes, Roland (2005). *La preparación de la novela. Notas de cursos y seminarios en el Collage de France, 1978-1979 y 1979-1980*. Texto establecido, anotado y presentado por Natalie Léger. Traducción: Patricia Wilson, Buenos Aires, Siglo XXI.

Canetti, Elias (1994). "Diálogo con el interlocutor cruel". *La conciencia de las palabras*, México, Fondo de Cultura Económica: 71-92.

Capdevila, Analía (2009): "Roger Pla, la novela total". Prólogo a Roger Pla. *La intemperie*, Rosario, Editorial Municipal de Rosario: 13-49.

Genette, Gérard (1981). "Le journal, l'antijournal". *Poétique* 47 : 315-322.

Ghiano, Juan Carlos (1978). "Los Robinsones. Un abarcador testimonio novelístico". Prólogo a Roger Pla. *Los Robinsones*, Buenos Aires, El Ateneo: VII-XIII.

Gombrowicz, Rita (2008). *Gombrowicz en Argentina. 1939-1963*, Buenos Aires, El cuenco de plata.

Korn, Guillermo (comp.) (2007). *El peronismo clásico (1945-1955). Descamisados, goilas y contreras. Literatura argentina del siglo XX, vol. IV*, Buenos Aires, Paradiso.

Pereiro, Carlos (2009). "Entrevista". *Sur de Babel* 2. Reproducida en: http://www.surdebabel.com.ar/librodelmes/2009_02/editorial.htm

Pla, Roger (2009). *La intemperie*. Prólogo de Analía Capdevila, Rosario, Editorial Municipal de Rosario.

Podlubne, Judith (2003). "Moral y literatura en *Sur*: un debate tardío". *Boletín/11*: 42-58.

Polemann, Orfilia (1985): "Roger Pla, nuestro contemporáneo". Roger Pla. *Los atributos*, Buenos Aires, Abril: 71-103.

Prieto, Martín (2006): *Breve historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Taurus.



Rivera, Jorge (1980-86). "Panorama de la novela argentina. 1930-1955". AA.VV.: *Historia de la literatura argentina 4. Los proyectos de la vanguardia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Umbral, Francisco (1999): *Diario político y sentimental*, Barcelona, Planeta.

Vignoli, Beatriz (2009). "Nacional, popular y modernista". *Rosario/12*, Miércoles 29 de julio: 6.

Wernicke, Enrique (1975). "Melpómene". Fragmentos del diario íntimo de Enrique Wernicke seleccionados por Jorge Asís. *Crisis* 29: 28-35.